



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN
SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO

24 HORAS PARA
EL SEÑOR

28-29 MARZO 2025

SUBSIDIO PASTORAL

TÚ ERES MI ESPERANZA

(Sal 71,5)



ÍNDICE

- 3 PRESENTACIÓN
- 5 JUBILEO: LA ESPERANZA DEL PERDÓN
S.E. Mons. Rino Fisichella
- 7 CÓMO OBTENER LA INDULGENCIA EN EL AÑO SANTO
- 8 «TÚ ERES MI ESPERANZA» (SAL 71,5) - LECTIO DIVINA
P. Salvatore Maurizio Sessa, mdm
- 10 EL RITO DEL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN
- 13 LAS 24 HORAS PARA EL SEÑOR EN EL JUBILEO
DE LOS MISIONEROS DE LA MISERICORDIA (ROMA)
- 15 PROPUESTA PASTORAL – VIGILIA

PRESENTACIÓN

El Papa Francisco eligió para la XII edición de las **24 Horas para el Señor** un lema especialmente significativo en este año del Jubileo Ordinario 2025: «Tú eres mi esperanza» (Sal 71,5). Cada Jubileo tiene un modo particular de ser vivido, tanto por las circunstancias históricas como por el contenido profundo y el modo concreto de realizarlo según la intención del Santo Padre, que se expresa de modo especial en la Bula de Convocación. El Jubileo 2025 está a la luz de: “*Spes non confundit*”, “La esperanza no defrauda”, en el cual todos, donde sea que se encuentren en el mundo, están invitados a convertirse en “Peregrinos de Esperanza”.

En las palabras del Salmista se escucha resonar la certeza que debe habitar en el corazón de todo creyente en el Dios de Jesucristo y que es explicitada por el Apóstol: “Cristo Jesús, nuestra esperanza” (1 Tim 1,1). El amor de Dios, que siempre quiere venir a nuestro encuentro y donarnos la gracia de su perdón y misericordia, hace nacer en nosotros la esperanza, como don del Espíritu Santo. De hecho, el perdón es el signo del amor, su culmen, porque se nos ofrece como don gratuito que permite vivir una vida nueva, “misericordiada”, como afirma el Papa Francisco.

Las **24 Horas para el Señor** testimonian precisamente esto. El objetivo del evento es colocar nuevamente el sacramento de la reconciliación en el centro de la vida pastoral de la Iglesia y, por tanto, de nuestras comunidades, de nuestras parroquias, de todas las realidades eclesiales. Este es el núcleo del mensaje evangélico: la Misericordia de Dios, que nos da la certeza que ante el Señor nadie encontrará un juez, sino que encontrará más bien un padre que lo acoge, lo consuela y le indica también el camino para renovarse. De este modo, como afirmó el Papa Francisco, «la misericordia suscita alegría porque el corazón se abre a la esperanza de una vida nueva» (*Misericordia et misera*, n. 3).

En la noche del viernes 28 de marzo y durante todo el día sábado 29 de marzo, será significativo prever una apertura extraordinaria de la iglesia, ofreciendo la posibilidad de acceder a las Confesiones, preferentemente en un contexto de Adoración Eucarística. Como siempre, el evento podría iniciar el viernes por la noche con una Liturgia de la Palabra para preparar a los fieles a la Confesión, y concluir con la celebración de la Santa Misa festiva del sábado por la tarde.

El presente subsidio tiene la intención de ofrecer algunas sugerencias para ayudar a las parroquias y a las comunidades cristianas a prepararse para vivir esta iniciativa. Se trata, obviamente, de propuestas que pueden ser adaptadas en base a las necesidades y a las costumbres locales.



JUBILEO: LA ESPERANZA DEL PERDÓN

S.E.R. Mons. Rino Fisichella

Pro-Prefecto del Dicasterio para la Evangelización

Sección para las Cuestiones Fundamentales de la Evangelización en el Mundo

El Jubileo 2025 encuentra su motivación en la Bula *Spes non confundit*, en la que el Papa Francisco colocó sus pensamientos sobre cómo vivir y celebrar el Año Santo: “Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. (...) Que el Jubileo sea para todos ocasión de reavivar la esperanza” (n. 1). Como se puede observar, la primera indicación que surge es la universalidad de la invitación a la esperanza. Nadie puede ser excluido de la esperanza. Todos están invitados a experimentarla.

Se pueden tener muchas y diversas esperanzas, pero aquellos que no conocen

conversión del corazón. La Bula también nos permite comprender mejor su valor: “La indulgencia (...) permite descubrir cuán ilimitada es la misericordia de Dios. No sin razón en la antigüedad el término ‘misericordia’ era intercambiable con el de ‘indulgencia’, precisamente porque pretende expresar la plenitud del perdón de Dios que no conoce límites... como escribió san Pablo VI, Cristo es «nuestra ‘indulgencia’»” (n. 23).

Hoy, la doctrina de la indulgencia exige una relectura a la luz de una teología que ponga en primer plano el escenario de la misericordia y del perdón de Dios. Es, de hecho, el primer punto de referencia para plantear coherentemente el tema. La

El Jubileo es el anuncio inmutable de Jesucristo “nuestra esperanza” (1 Tim 1,1)

a Dios finalmente se quedan sin esperanza. El Jubileo es el anuncio inmutable de Jesucristo “nuestra esperanza” (1 Tim 1,1), que trasciende el tiempo y el espacio para dar a cada uno la fuerza de su presencia. Él es la verdadera esperanza que sostiene la vida, permitiéndonos ir más allá de toda posible decepción humana (cfr. Ef 2,12).

El Jubileo es una excelente oportunidad pastoral, para que el pueblo de Dios pueda nuevamente dirigirse hacia las tumbas de Pedro y Pablo para celebrar el gran perdón. Lo que hace peculiar el Jubileo es, ante todo, la indulgencia, que no es otra cosa que un signo del perdón pleno y total que se ofrece a quienes desean la

misericordia es el signo último del amor del Padre, que llega hasta el perdón extremo hacia el pecador. La vida cristiana nace y se desarrolla en el amor. Esto tiene su punto culminante en el misterio de la muerte y resurrección de Cristo que obtiene la salvación para quienes creen en él. Este amor no queda relegado a un mero hecho del pasado; al contrario, continúa hasta el día de hoy para que podamos reconciliarnos con el Padre. La vida creyente se convierte así en una existencia que progresa en el amor ya “derramado en nuestros corazones” (Rom 5,5). La celebración de la indulgencia es una manera para ejercitarse en el amor.

En efecto, frente al amor con el que Cristo ama, nadie se puede escapar de constatar la maldad del propio pecado y el límite que éste impone a la existencia personal. Esta experiencia no conoce fronteras temporales y mucho menos geográficas. En algún momento de su vida, toda persona experimenta una doble sensación: el límite y el deseo de ir más allá. En el camino de nuestra existencia se encuentran tentaciones, se producen traiciones y caídas; pero junto a esto percibimos también la acción de la gracia que nos impulsa a la decisión de convertirnos. El perdón que el cristiano pide al Padre en el sacramento de la reconciliación le es verdaderamente concedido. Obtiene verdaderamente el perdón de los pecados y se abre ante él el camino de la gracia. La conversión, sin embargo, no es una idea abstracta. Nada como la metanoia requiere la fuerza para poder mirar la concreción de la propia existencia. Esta no se logra únicamente en la intencionalidad, adquirida con el perdón, de vivir según el Evangelio, sino que se materializa en la historia de cada uno, asumiendo toda la identidad de la persona que está hecha de pensamiento y cuerpo, de ideales y contradicciones.

En definitiva, la vida de pecado que vivimos no se borra de golpe sin que queden en nosotros condiciones o más bien esos “residuos” de lo que el pecado ha creado. Como el pecado no nace instantáneamente, sino que es fruto de un distanciamiento progresivo del bien, así en la historia de cada uno quedan verdaderas contradicciones que son la consecuencia de una vida de pecado. Ésta es, en el fondo, la idea de “pena” que se quita con la celebración de la indulgencia. La absolución, que el sacerdote ofrece en nombre de Cristo y de la Iglesia, perdona efectivamente los pecados cometidos. Para usar una hermosa expresión del profeta, Dios ya no se acuerda de ellos, los deja atrás, tan lejos como está el oriente del occidente (cfr. Is 55,7-9). No quedan, pues, los pecados, sino lo que los pecados han creado en nosotros: la situación de incomodidad y malestar que, al final, nos lleva siempre a cometer los mismos pecados. La indulgencia interviene precisamente en esta etapa. La misericordia de Dios alcanza la misma condición del hombre

pecador y lo libera plenamente con la invitación a vivir en el amor y no en el desorden del pecado. En cierto modo, es un suplemento de gracia que se ofrece para elegir el bien y rechazar el mal.

Nos encontramos, pues, ante el gran tema del amor, que hace surgir la esperanza y que la esperanza sostiene, signo de la verdadera felicidad que se puede alcanzar. La Bula nos recuerda con fuerza: “Necesitamos una felicidad que se realice definitivamente en aquello que nos plenifica, es decir, en el amor, para poder exclamar, ya desde ahora: «Soy amado, luego existo; y existiré por siempre en el Amor que no defrauda y del que nada ni nadie podrá separarme jamás»” (n. 21). Un amor que en el Jubileo se hace visible y tangible como perdón; es decir, la expresión del amor más grande y de la esperanza que no defrauda. Con razón escribe el Papa Francisco: “Perdonar no cambia el pasado, no puede modificar lo que ya sucedió; y, sin embargo, el perdón puede permitir que cambie el futuro y se viva de una manera diferente, sin rencor, sin ira ni venganza. El futuro iluminado por el perdón hace posible que el pasado se lea con otros ojos, más serenos, aunque estén aún surcados por las lágrimas.” (Bula *Spes non confundit*, n. 23).

Esta aclaración nos permite constatar de primera mano cómo el Jubileo puede ser una experiencia extraordinaria y necesaria, porque entra en el mérito de la existencia cotidiana. Hoy, sobre todo, es fácil advertir los rasgos de una cultura cada vez menos dispuesta a perdonar y más inclinada a la venganza y al resentimiento. Estos sentimientos no conducen a la esperanza, sino a la desesperación porque impiden alcanzar la felicidad. Es necesario, por tanto, que la “hermana menor”, para usar el lenguaje poético de C. Péguy, surja con toda su fuerza motriz para que la fe vuelva a ser el soporte del sentido de la vida, y la caridad sea la fuerza del testimonio cristiano. La esperanza es una certeza que se pone en nuestro camino. En ella debemos crecer sin apartar nunca los ojos de la fidelidad de Dios, como escribe el autor de la carta a los Hebreos: “Mantengamos firme la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la Promesa” (10,23).

CÓMO OBTENER LA INDULGENCIA EN EL AÑO SANTO

El Jubileo es el momento propicio para recibir la gracia de la indulgencia, “la plenitud del perdón de Dios que no conoce límites”
(BUla *Spes non confundit*, 23).

Condiciones necesarias para recibir este don de la plena Indulgencia:

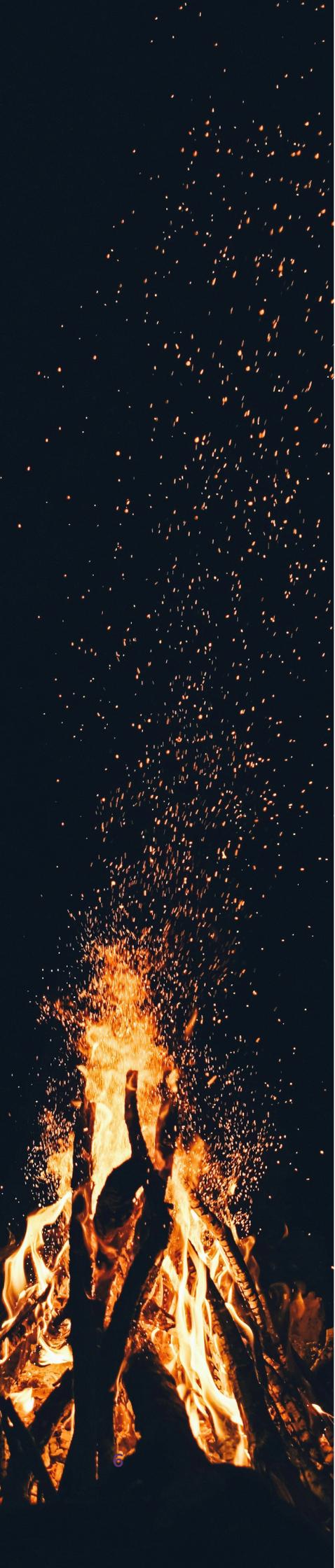
- La purificación a través del sacramento de la penitencia
- Recibir la Santa Comunión
- La oración por las intenciones del Santo Padre

Además,

- Una peregrinación a un lugar sagrado, hacia al menos una de las cuatro Basílicas Papales Mayores o hacia cualquier lugar sagrado jubilar
o bien
- Alguna obra de misericordia o penitencia

Podemos ser solidarios con quienes nos han precedido, ofreciendo, en intercesión orante, esta gracia por las almas del Purgatorio.

* Se invita a leer las especificaciones en el documento “Normas sobre la concesión de la Indulgencia durante el Jubileo Ordinario del año 2025 convocado por Su Santidad el Papa Francisco”, de la Penitenciaría Apostólica.



«TÚ ERES MI ESPERANZA» (SAL 71,5) - LECTIO DIVINA

P. Salvatore Maurizio Sessa, mdm

Biblista y rector de la Iglesia de los Sagrados Estigmas de S. Francisco (Roma)

Tú *eres*, *has sido* y por tanto *serás* mi esperanza. Desde el *aquí* y el *ahora* del presente, todas las fases de la vida, incluidas las más extremas y frágiles de la existencia, la juventud y la vejez, son abrazadas por esta deslumbrante expresión de fe fijada en la primera parte del Salmo 71. Son palabras capaces de salvarnos *in extremis* de cualquier desesperación, de hacernos ir más allá de cualquier muro negro del miedo, de sacarnos de los pantanos de la angustia que quisieran frenar y hundir nuestra vida.

La oración del salmista llega a nosotros recogiendo la experiencia de generaciones de creyentes, para que esas mismas palabras ya sembradas por el Espíritu en nuestros corazones encuentren fuerza, articulación y energía. Para que podamos reconocerlas también nuestras. Como un lenguaje que en realidad ya conocíamos pero que no sabíamos hablar, y he aquí que la misma confesión de fe surge nuevamente de nuestros labios, manando del corazón. Si quisiéramos escuchar el eco original de la expresión hebrea del versículo 5 podríamos decir de manera aún más concisa y eficaz: “*Porque tú eres mi esperanza*”. Te alabo, te suplico, te ruego que me liberes, oh Señor, *porque* tú (eres) mi esperanza: lo eres ahora, lo fuiste ayer, lo serás mañana y durante toda la vida. Esta certeza es capaz de fundar y hacer redescubrir el sentido de toda una historia, con sus luces y sus páginas oscuras, y nos hace capaces de afrontar lo que falta para completar *nuestra* historia, ya sea que tengamos que atravesar el fuego o el agua (cfr. Sal 66,12), a través de duras pruebas, pero nunca más allá de nuestras fuerzas, revitalizados por su gracia (cf. 1Cor 10,13).

Aquí entonces el orante recuerda su juventud (v. 5: “Tú eres, Señor mío, mi esperanza, mi confianza, Señor, desde mi juventud”), incluso mira aún más atrás, piensa en su origen germinal en el vientre materno (v. 6: “En ti he confiado desde el vientre de mi madre, desde el vientre de mi madre eres mi apoyo: a ti mi alabanza sin fin”): un tiempo de extrema fragilidad, donde la precariedad de la vida naciente ha encontrado prodigiosamente un refugio seguro dentro y fuera del abrazo materno (cfr. v. 7). Pero en realidad ahora entendemos que era Él, el Señor, la roca de la salvación, el hogar acogedor, la fortaleza inquebrantable (cfr. v. 3). ¿Y ahora?

Cada fase de la existencia conoce sus debilidades y nuevas amenazas, nuevos peligros y nuevos obstáculos que afrontar. En el salmo la voz de quien ora es la de alguien que ya es anciano, pero siente que su misión aún no está cumplida: debe anunciar Sus maravillas a las nuevas generaciones (cfr. vv. 17-18). Sin embargo, al experimentar la falta de fuerzas, se encuentra nuevamente indefenso y necesitado de amor y protección, como cuando era niño. Pero si Dios presidió el milagro de los orígenes, si nos tejió en el seno de nuestra madre y nos formó como un prodigio (cfr. Sal 139,13-14), la certeza es que Él estará a nuestro lado también cuando prevemos el final, incluso el simbólico de toda experiencia de impotencia.

En tales momentos, paradójicamente, se hace presente la verdad del ser humano, hecho de polvo, pero habitado por el soplo divino (cfr. Gen 2,7). Si el final nos asusta, sabemos que Dios ya ha cumplido su promesa de vida en nosotros: en el vientre de nuestra madre éramos niños que aún no podían ser vistos ni tocados, pero desde entonces somos percibidos por nuestros padres como la esperanza de un fruto maduro que después el nacimiento creó e hizo visible. Dios está presente en la fragilidad de todo comienzo, y por eso la última palabra en nuestra vida nunca será la del fin y el sinsentido. Habrá en Él un nuevo comienzo, si se lo permitimos.

**fue el primero en pronunciar esa frase: “tú eres mi
esperanza”, mirándonos a cada uno de nosotros.
Somos la esperanza de Dios**

¡Cuánto me ha ayudado esta conciencia en mi servicio pastoral! Saber que nuestra esperanza no son las ideologías, las cosas, las seguridades, ni siquiera las cosas bellas, verdaderas y buenas que podemos experimentar en esta vida, ni siquiera las personas más cercanas a nosotros. Estas no son la Esperanza, pero la hacen presente, son reflejo de ella y nos llevan más allá de ellas mismas para encontrar un Rostro, para entrar en relación con el Viviente, para convertirnos por Él, en hijos en el Hijo. Gracias a estos signos proféticos, también nosotros podemos levantar la mirada y decir al Señor: “¡Tú eres mi esperanza!”.

Esto me ha enseñado, especialmente con los jóvenes, a nunca despreciar la pequeñez y la fragilidad, a ver proféticamente el potencial de cada pequeña semilla de mostaza, a prever y admirar ya la posibilidad y el esplendor de la realización. Y sé que esta luz es una invitación continua a cuidar estos procesos de crecimiento tan delicados. Quizá porque entendí que el Señor fue el primero en pronunciar esa frase: “tú eres mi esperanza”, mirándote a ti y a mí, mirándonos a cada uno de nosotros. Somos la esperanza de Dios, esta fragilidad que Él cuida y con infinita paciencia quiere llevar a su plenitud según su plan. Sentirse mirado así cambia la forma de ver todo, y donde antes sólo veías escombros, ves la posibilidad de construir algo nuevo, donde escuchabas notas discordantes, ahora crees en la promesa de nuevas armonías de comunión fraterna. Y pones manos a la obra: porque la esperanza te da también a ti una maravillosa misión que cumplir.

EL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN

EXAMEN DE CONCIENCIA

En relación con Dios

- ¿Me dirijo a Dios sólo cuando lo necesito?
 - ¿Asisto a Misa los domingos y las fiestas de precepto?
 - ¿Empiezo y termino el día con oración?
 - ¿He mencionado en vano a Dios, a la Virgen, a los Santos?
 - ¿Me he avergonzado de mostrar que soy cristiano?
 - ¿Qué hago para crecer espiritualmente? ¿Cómo? ¿Cuándo?
 - ¿Me rebelo ante los planes de Dios?
 - ¿Espero que Él haga mi voluntad?
-

En relación con el prójimo

- ¿Sé perdonar, compadecerme, ayudar a los demás?
 - ¿He calumniado, robado, despreciado a los pequeños e indefensos?
 - ¿Soy envidioso, iracundo, parcial?
 - ¿Me preocupo por los pobres y los enfermos?
 - ¿Soy honesto y justo con todos o estoy alimentando la “cultura del descarte”?
 - ¿He instigado a otros a hacer el mal?
 - ¿Observo la moral matrimonial y familiar que enseña el Evangelio?
 - ¿Cómo vivo las responsabilidades educativas hacia los hijos?
 - ¿Honro y respeto a mis padres? ¿He rechazado la vida apenas concebida?
 - ¿He apagado el don de la vida? ¿Ayudé a hacerlo?
 - ¿Respeto el medio ambiente?
-

En relación con uno mismo

- ¿Soy un poco mundano y un poco creyente?
- ¿Exagero al comer, beber, fumar o divertirme?
- ¿Me preocupo demasiado por la salud física, por mis posesiones?
- ¿Cómo uso mi tiempo? ¿Soy perezoso?
- ¿Quiero que me atiendan?
- ¿Amo y cultivo la pureza de corazón, pensamientos y acciones?
- ¿Contemplo la venganza, guardo rencores?
- ¿Soy manso, humilde, constructor de paz?

CELEBRACIÓN INDIVIDUAL DEL SACRAMENTO

En el momento en el que te presentas como penitente, el sacerdote te acoge con cordialidad, dirigiéndote palabras de ánimo. Él hace presente al Señor misericordioso. Junto con el sacerdote haces el signo de la cruz diciendo:

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

El sacerdote te ayuda a disponerte a la confianza en Dios, con estas palabras u otras similares:

**El Señor esté en tu corazón,
para que puedas arrepentirte
y confesar humildemente tus pecados.**

El sacerdote, según la ocasión, lee o dice de memoria algún texto de la Sagrada Escritura, en donde se habla de la misericordia de Dios y es dirigida al hombre la invitación a convertirse.

**Mas la prueba de que Dios nos ama
es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores,
murió por nosotros.
¡Con cuánta más razón, pues,
justificados ahora por su sangre,
seremos por él salvos de la cólera!** (Rm 5, 8-9)

En este momento, puedes confesar tus pecados. Si es necesario, el sacerdote te ayuda, dirigiéndote preguntas y consejos adecuados. El sacerdote te invita a manifestar el arrepentimiento, recitando el acto de contrición u otra fórmula similar, por ejemplo:

**Padre, he pecado contra ti,
no merezco ser llamado hijo tuyo.
Ten piedad de mí pecador.** (Lc 15, 18; 18,13)

O bien,

**Lávame a fondo de mi culpa,
y de mi pecado purifícame.
Pues mi delito yo lo reconozco,
mi pecado sin cesar está ante mí.** (Sal 50, 4-5)

O bien,

Dios mío, me arrepiento de todo corazón de todo lo malo que he hecho y de todo lo bueno que he dejado de hacer, porque pecando te he ofendido a ti, que eres el sumo bien y digno de ser amado sobre todas las cosas. Propongo firmemente, con tu gracia, cumplir la penitencia, no volver a pecar y evitar las ocasiones de pecado. Perdóname, Señor, por los méritos de la pasión de nuestro Salvador Jesucristo. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos (o al menos la mano derecha) sobre tu cabeza, dice:

**Dios, Padre misericordioso,
que reconcilió consigo al mundo
por la muerte y la resurrección de su Hijo,
y derramó el Espíritu Santo para la
remisión de los pecados,
te conceda, por el ministerio de la Iglesia,
el perdón y la paz.
Y yo te absuelvo de tus pecados
en el nombre del Padre, y del Hijo +
y del Espíritu Santo.**

Respondes:

Amén.

Después de la absolución el sacerdote continúa:

Alabemos al Señor porque es bueno.

Respondes:

Porque es eterna su misericordia.

El sacerdote te despide diciendo: El Señor te ha perdonado.

Ve en paz.





JUBILEO DE LOS MISIONEROS DE LA MISERICORDIA

28-30 marzo 2025

Viernes 28 de marzo

h 9:00-11:30 Momento formativo en el Aula Pablo VI

h 16:00-17:00 "24 horas para el Señor"

Sábado 29 de marzo

h 9:00-11:00 Peregrinación a la Puerta Santa de San Pedro

h 12:00 Encuentro con el Santo Padre en el Aula Pablo VI

Domingo 30 de marzo

h 10:00 Santa Misa en la Basílica de Sant'Andrea della Valle

h 18:00 Concierto Sinfónico "Missa Papae Francisci" en la Iglesia de Sant'Ignazio

Cierre de Inscripciones
26 de enero de 2025

**REGÍSTRATE
PARA EL EVENTO**



www.iubilaeum2025.va



@iubilaeum25



DICASTERIUM PRO EVANGELIZATIONE
SECTIO DE QAESTIONIBUS FUNDAMENTALIBUS
EVANGELIZATIONIS IN MUNDO



VIGILIA

INTRODUCCIÓN CELEBRATIVA

La Vigilia que se realiza durante la iniciativa **24 Horas para el Señor** tiene un rol fundamental, porque caracteriza todo el evento; por lo tanto, es deseable que sea celebrada con el Santísimo Sacramento expuesto, mientras uno o más sacerdotes permanecen disponibles para celebrar el Sacramento de la Reconciliación.

La presente Vigilia se inspira en las palabras del Salmista: «Tú eres mi esperanza» (Sal 71,5), subrayando que el perdón recibido y donado permite al hombre convertirse y cambiar la vida. Un auténtico renacer, ¡una vida nueva!

El evento **24 Horas para el Señor** está estrechamente relacionado con el tiempo litúrgico de la Cuaresma, y en particular con el IV Domingo de Cuaresma llamado antiguamente "*Laetare*". La alegría celebrada durante este día surge de la conversión personal, de la reconciliación con Dios y de la gracia recibida en el Sacramento del Perdón. Las lecturas dominicales presentan, entre otras cosas, cómo la gracia de Dios actúa en la historia, a pesar de los pecados cometidos por el hombre. Notamos que Dios, rico en misericordia, interviene siempre y gratuitamente para salvar al hombre, aun si éste es el único responsable de su propia derrota contra el mal.

La iniciativa fue colocada precisamente en los días precedentes al IV Domingo de Cuaresma, para dar la posibilidad a todos los fieles de liberar su vida de los pecados, preparándose, en este modo, a la Pascua ya cercana. Durante el desarrollo de la iniciativa **24 Horas para el Señor**, conviene subrayar los contenidos indicados en las páginas precedentes. Sin embargo, su realización y la elección de los temas y citas bíblicas, se deja a consideración de los pastores y organizadores del evento, que, en las diferentes partes del mundo, conocen las necesidades concretas de los fieles confiados a su cuidado pastoral.

Se tenga en cuenta que la reconciliación con Dios y con los hombres restituye al hombre la paz. Las guerras y la paz no son un simple fruto de los pactos políticos, sino sobre todo de la disposición de los corazones humanos. En este sentido, cada hombre y más aún cada cristiano, es responsable de la guerra y de la paz en la sociedad y entre las naciones. Es misión de todos nosotros cultivar un corazón misericordioso y propagar la cultura del perdón y de la paz. Durante la iniciativa **24 Horas para el Señor** no puede faltar la oración por la paz y por la reconciliación entre las naciones en guerra y entre los grupos sociales que permanecen en conflicto.

De la práctica en los años precedentes se puede ver que la iniciativa se desarrolla, generalmente, en tres modos:

1. En las pequeñas comunidades, por ejemplo, en los hospitales, en las cárceles o en las parroquias/rectorías con relativamente pocos fieles.

En este caso toda la iniciativa se realiza de ordinario el viernes por la noche. Se podría iniciar el evento con la Liturgia penitencial, después exponer el Santísimo Sacramento y, con la Adoración Eucarística en silencio o animada por un grupo de oración (según las posibilidades y necesidades de la comunidad), invitar a los presentes a la reconciliación sacramental con Dios.

2. En las parroquias más numerosas (sobre todo en las áreas urbanas), en las prefecturas (vicarías/decanatos) o bien, donde se decida organizar el evento en más parroquias/comunidades.

Sería oportuno iniciar el viernes en la noche con la Santa Misa o con la Liturgia de la Palabra. Posteriormente se expone el Santísimo Sacramento e inicia la Adoración Eucarística animada por diversos grupos parroquiales o por diversas parroquias.

Los responsables establecen tanto el programa de toda la Adoración como su duración, asegurando los turnos para las confesiones de los fieles.

3. En las iglesias catedrales, en las basílicas, en los santuarios, o en las parroquias y en los lugares de culto más significativos para la Iglesia local y elegidos cuidadosamente por el Ordinario o por las personas responsables.

El evento convendrá ser organizado más solemne, subrayando la universalidad de la Iglesia que lo celebra contemporáneamente en todo el mundo. La iglesia podría permanecer abierta también en la noche con la Adoración Eucarística por turnos, animados por los diversos grupos de oración de diferentes comunidades. Es deseable que el Ordinario y los Obispos estén presentes al menos al inicio y al final del evento, dando también su disponibilidad para celebrar el Sacramento de la Reconciliación. Se asegure la constante presencia de uno o más sacerdotes para escuchar las confesiones.

Siempre que sea posible, un grupo de fieles, formado y preparado para la ocasión, podría invitar a las personas que pasan cerca de la iglesia a entrar y a tomar parte del evento (sobre todo en las iglesias principales de la ciudad, en los centros históricos y turísticos, en los lugares de gran flujo de personas, etc.). Una simple invitación, una palabra de bienvenida, una explicación sobre el evento, constituyen frecuentemente una ocasión para abrir un diálogo mucho más serio, convirtiéndose en un verdadero y propio momento de evangelización. No rara vez lo fieles laicos, sobre todo de entre los que sistemáticamente reciben formación en sus comunidades y grupos de oración, pueden desarrollar un óptimo servicio en la preparación a la confesión, dialogando con las personas que desde hacía tiempo no frecuentaban la iglesia y se podrían encontrar incómodos al presentarse directa e inmediatamente con el sacerdote.

Para adaptar la propuesta de Vigilia a las exigencias particulares de una comunidad específica (parroquia, capilla de hospital, monasterio, rectoría, santuario, etc.) se podrían elegir algunos cantos. Para profundizar los temas presentes en los textos bíblicos propuestos, se sugiere preparar una meditación o elegir algunos testimonios, según las necesidades y posibilidades de la misma comunidad.

INICIO DE LA VIGILIA

LITURGIA PENITENCIAL

Mientras el presbítero y los ministros se dirigen al presbiterio, la asamblea canta el himno u otro canto adecuado.

SALUDO Y MONICIÓN

C: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

R: Amén.

C: La misericordia y la paz estén con todos vosotros.

R: Y con tu espíritu.

C: Hermanos y hermanas, también hoy Jesús misericordioso nos dirige su palabra de perdón y nos invita a la conversión. Abramos nuestros corazones para que la gracia de Dios pueda actuar en nosotros. Encomendemos a nuestras hermanas y hermanos, sobre todo aquellos que se ha alejado de Dios, para que, en estas veinticuatro horas dedicadas de modo especial, en toda la Iglesia, a la reconciliación, puedan sentir la voz del Salvador que, tomándonos de la mano, nos invita a cada uno a «caminar en una vida nueva».

Todos se recogen en silencio un momento. Luego el celebrante continúa:

C: Oremos.

Extiende las manos y dice:

Oh Padre, que nos has liberado del pecado
y nos has donado la dignidad de hijos adoptivos,
mira con benevolencia a tu familia,
para que a todos los creyentes en Cristo
les sea dada la verdadera libertad y la herencia eterna.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios,
por los siglos de los siglos.

R: Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura | Rm 5,1-5

De la carta del Apóstol San Pablo a los Romanos

Hermanos:

Ya que hemos recibido la justificación por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Por él hemos obtenido con la fe el acceso a esta gracia en que estamos; y nos gloriamos, apoyados en la esperanza de alcanzar la gloria de Dios.

Más aún, hasta nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce constancia, la constancia, virtud probada, la virtud, esperanza, y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado.

L: Palabra de Dios.

R: Te alabamos, Señor.

Salmo Responsorial | Sal 8

Señor, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado,
¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
el ser humano, para darle poder? R.

Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,
le diste el mando sobre las obras de tus manos. R.

Todo lo sometiste bajo sus pies:
rebaños de ovejas y toros,
y hasta las bestias del campo,
las aves del cielo, los peces del mar,
que trazan sendas por el mar. R.

Aclamación al Evangelio | Sal 85,8

Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Muéstranos Señor tu misericordia
Y danos tu salvación.

Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Evangelio

C: El Señor esté con Vosotros.

R: Y con tu espíritu.

C: Del Santo Evangelio según San Lucas (6,20-23a)

R: Gloria a ti, Señor.

En aquel tiempo Jesús alzando los ojos hacia sus discípulos, decía:

«Bienaventurados los pobres,

porque vuestro es el Reino de Dios.

Bienaventurados los que tenéis hambre ahora,

porque seréis saciados.

Bienaventurados los que lloráis ahora,

porque reiréis.

Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien
y proscriban vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del hombre.

Alegraos ese día y saltad de gozo,

que vuestra recompensa será grande en el cielo».

C: Palabra del Señor.

R: Gloria a ti, Señor Jesús.

Sigue la homilía.

CONFESIÓN GENERAL DE LOS PECADOS

Todos se ponen de pie.

Luego de una breve pausa de reflexión, el celebrante dice:

C: Confiados en la misericordia de nuestro Señor, que no nos condena, sino que nos exhorta siempre a la vida de gracia, confesemos nuestros pecados.

C: Tú, que has sido enviado para sanar a los contritos de corazón: Señor, ten piedad.

R: Señor, ten piedad.

C: Tú, que has venido a llamar a los pecadores: Cristo, ten piedad.

R: Cristo ten piedad.

C: Tú que estás sentado a la derecha del Padre para interceder por nosotros: Señor, ten piedad.

R: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DEL SEÑOR

C: Inspirados por la Palabra del Señor, que nos invita a pedir perdón a Dios por nuestros pecados, dirijámonosle juntos nuestra oración:

R: Padre nuestro...

SIGNO DE LA PAZ

C: Queridos hermanos y hermanas, reconciliados por la gracia de Dios recibida por medio de Jesucristo, démonos fraternalmente la paz.

Todos se dan la paz.

EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Se procede con la exposición del Santísimo Sacramento “more solito” y con la Adoración Eucarística animada, que durará hasta el término de la iniciativa 24 horas para el Señor.

Sigue el momento para las confesiones y la absolución individual.

Al término de la Vigilia se da la bendición solemne con el Santísimo Sacramento. En algunos lugares, sobre todo donde la iniciativa 24 horas para el Señor se ha realizado de forma solemne, concluyéndose el sábado por la tarde, se puede celebrar la Santa Misa del IV Domingo de Cuaresma o bien, las Primeras Vísperas.

DESARROLLO DE LA VIGILIA

El presente texto es una propuesta que debe ser sucesivamente concretizada y adaptada, según las tradiciones locales.

Considerando la duración de la vigilia, el número de participantes, las posibilidades organizativas y otros factores, la animación de la Adoración Eucarística puede realizarse a turnos, con un cambio temático después de cada hora.

Durante la celebración de la vigilia no falten los momentos de oración en silencio ante el Santísimo Sacramento.

ESQUEMA PARA UN TURNO

Expuesto el Santísimo Sacramento, después de un momento de silencio, el coro realiza un canto. A continuación, se lee el texto bíblico:

Del libro del profeta Isaías

(1,10.16-20)

Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma, escucha la enseñanza de nuestro Dios, pueblo de Gomorra. «Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien. Buscad la justicia, socorred al oprimido, proteged el derecho del huérfano, defended a la viuda.

Venid entonces, y discutiremos - dice el Señor-. Aunque vuestros pecados sean como escarlata, quedarán blancos como nieve; aunque sean rojos como la púrpura, quedarán como lana. Si sabéis obedecer, comeréis de los frutos de la tierra; si rehusáis y os rebeláis, os devorará la espada -ha hablado la boca del Señor-».

Palabra de Dios.

Momento de silencio.

TESTIMONIO/MEDITACIÓN

A continuación, se propone un testimonio de conversión. Dicho testimonio puede ser pronunciado por una persona que quiera compartir cómo el Señor ha tocado su corazón con la gracia del perdón. En alternativa, se puede leer el testimonio de conversión de un santo. En el caso en que no sea posible presentar el testimonio, se puede proponer un texto de meditación, como el que se presenta a continuación o algunos párrafos de la Lectio Divina que se presentan en este Subsidio.

Bula de Convocación del Jubileo Ordinario del Año 2025

Spes non confundit (n.3)

La esperanza efectivamente nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz: «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora que estamos reconciliados, seremos salvados por su vida» (Rm 5,10). Y su vida se manifiesta en nuestra vida de fe, que empieza con el Bautismo; se desarrolla en la docilidad a la gracia de Dios y, por tanto, está animada por la esperanza, que se renueva siempre y se hace inquebrantable por la acción del Espíritu Santo.

En efecto, el Espíritu Santo, con su presencia perenne en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la luz de la esperanza. Él la mantiene encendida como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida. La esperanza cristiana, de hecho, no engaña ni defrauda, porque está fundada en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor divino: «¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada? [...] Pero en todo esto obtenemos una amplia victoria, gracias a aquel que nos amó. Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rm 8,35.37-39). He aquí porqué esta esperanza no cede ante las dificultades: porque se fundamenta en la fe y se nutre de la caridad, y de este modo hace posible que sigamos adelante en la vida. San Agustín escribe al respecto: «Nadie, en efecto, vive en cualquier género de vida sin estas tres disposiciones del alma: las de creer, esperar, amar»

Después del testimonio/meditación se hace un canto y se permanece en oración en silencio.

Luego se puede hacer una oración de intercesión, pronunciada por toda la asamblea.

ORACIÓN A LA VIRGEN

Virgen Inmaculada,
Madre Inmaculada,
Madre nuestra, Roma se prepara a un nuevo Jubileo,
que será un mensaje de esperanza para la humanidad
probada por las crisis y por las guerras.
Pero tu mirada de Madre ve más allá.
Y me parece escuchar tu voz
que con sabiduría nos dice: “Hijos míos,
El verdadero Jubileo está dentro:
dentro, dentro de vuestros corazones,
dentro de las relaciones familiares y sociales.
Es adentro donde es necesario trabajar para preparar
el camino al Señor que viene”.
Y es una buena oportunidad
para hacer una buena Confesión
y pedir el perdón de todos los pecados.
Dios perdona todo, Dios perdona siempre, siempre.

Madre Inmaculada, ¡te damos gracias!
Esta recomendación tuya nos hace bien,
tenemos mucha necesidad de ella, porque, sin quererlo,
corremos el riesgo de dedicarnos totalmente
a la organización, al hacer cosas,
y entonces la gracia del Año Santo,
que es tiempo de renacimiento espiritual,
que es tiempo de perdón y de liberación social,
podría no llegar bien,
ser un poco sofocada.

Y también hoy, Madre, nos repites:
“¡Escuchad a Jesús, escuchadlo a Él!
Escuchadlo, y haced lo que os diga” (cfr. Jn 2,5).
¡Gracias, Madre Santa! Gracias porque incluso
en este tiempo pobre de esperanza,
nos donas a Jesús, nuestra Esperanza. Gracias Madre.

*(De la Oración del Papa Francisco ante la imagen de la Inmaculada Concepción
en Plaza de España, pronunciada el 8 de diciembre de 2024)*

Se hace un canto y se permanece en oración en silencio hasta el término del turno.

Según la duración de la vigilia, se puede repetir este esquema, cambiando los textos bíblicos y los cantos, y alternando los testimonios, las meditaciones y las oraciones.

Considerando el tiempo litúrgico de Cuaresma, sería aconsejable insertar también el Via Crucis. Se puede proponer la oración del Santo Rosario y/o de la Coronilla de la Divina Misericordia.

Algunos textos bíblicos propuestos para otros turnos de la vigilia son: Salmo 51 (salmo de arrepentimiento), Lc 6, 27-38 (amor a los enemigos – no juzguéis); Col 1, 9-14 (de las tinieblas a la luz de Cristo); algunos números de la Bula *Spes non confundit*.



24 HORAS PARA EL SEÑOR

TÚ ERES MI ESPERANZA

(Sal 71,5)

28-29 MARZO 2025

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO

WWW.EVANGELIZATIO.VA



IUBILAEUM A. D. MMXXV
**PEREGRINANTES
IN SPEM**